



MIGUEL DE CERVANTES
DON QUIJOTE DE LA MANCHA

EDICIÓN DE LA
REAL ACADEMIA ESPAÑOLA
ADAPTADA POR
ARTURO PÉREZ-REVERTE



REAL ACADEMIA
ESPAÑOLA



© Real Academia Española, 2014
© De la adaptación y prólogo: Arturo Pérez-Reverte, 2014
© De la adaptación: Santillana Infantil y Juvenil, S. L., 2014
© *Historia de El Quijote «popular y escolar» de la Real Academia Española (1912-2014)*: Darío Villanueva, 2014
Avenida de los Artesanos, 6.
28760 Tres Cantos (Madrid)
www.loqueleo.com/es

Primera edición: noviembre de 2014

Novena edición: marzo de 2020

ISBN: 978-84-680-2538-4

Depósito legal: M-23781-2014

Printed in Spain - Impreso en España

Revisión de textos y coordinación editorial: Carlos Domínguez Cintas

Diseño de cubierta: Pep Carrió

Diseño de interior: Juan Esbert

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



REAL ACADEMIA
ESPAÑOLA

EL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIXOTE
DE LA MANCHA

COMPUESTO

POR MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

NUEVA EDICIÓN

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

ADAPTADA POR
ARTURO PÉREZ-REVERTE



CON SUPERIOR PERMISO:
EN MADRID

FOR LA REAL ACADEMIA
Y SANTILLANA IMPRESOR.

MMXIV.



Estampa de Francisco de Goya finalmente descartada para ilustrar el Quijote académico de 1780.

PRÓLOGO

Arturo Pérez-Reverte

Hay numerosos *Quijotes* escolares que consisten en adaptaciones, antologías y reescrituras del texto cervantino. Algunos son muy recomendables, pero en su mayor parte no permiten una lectura rigurosa, limpia y sin obstáculos, de la trama básica que narra la peripecia del ingenioso hidalgo y su escudero. Y cuando se trata de trabajar en colegios con el texto íntegro, las digresiones y relatos insertos en él perturban a veces la aproximación amena, eficaz, que una herramienta educativa o una lectura sencilla pueden reclamar.

A ese objeto responde esta edición del *Ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, adaptada para uso escolar por la Real Academia Española. A fin de facilitar una lectura sin interrupciones de la trama principal, se han retirado del texto original algunos obstáculos que pueden dificultar aquélla. Esa labor de poda, muy prudente y calculada, dedica especial atención a la limpieza de los puntos de sutura de los párrafos eliminados, para que la ausencia de éstos no se advierta en una lectura convencional. Eso incluye la reenumeración y refundición de algunos capítulos, que en su mayor parte conservan el título del episodio original al que pertenecen.

En cada caso se ha procurado respetar la integridad del texto, los episodios fundamentales, el tono y la estructura general de la obra.

La presente edición sigue con fidelidad extrema el texto original utilizado, que es el de la magnífica edición impresa por Ibarra y publicada por la Real Academia Española en 1780, obra magna y orgullo de esta Institución. Tan sólo se corrigen, para facilitar una lectura fluida y evitar notas a pie de página —la única se destina a explicar quién fue Avellaneda—, algunos términos quizá confusos para un lector convencional y cuyo significado no puede deducirse con facilidad del contexto. También se han aplicado las reglas de la *Ortografía de la lengua española* de 2010. Casi todas las palabras añadidas, sustituidas o actualizadas —no más de un centenar— provienen de la edición de Francisco Rico de 2004 y del *Vocabulario de Cervantes* de Carlos Fernández Gómez publicado por la Real Academia en 1957.

Para esta edición se ha elegido la misma bella tipografía utilizada por Ibarra en la de 1780. Y en lo que se refiere a las ilustraciones, en vez de las láminas grabadas por Salma y Carnicero, tan hermosas como conocidas, hemos preferido publicar los interesantes dibujos originales, inéditos hasta ahora, de donde proceden aquellas láminas. Eso incluye el realizado por el entonces joven artista Francisco de Goya; dibujo que en su momento —paradojas de la vida— no fue utilizado por la Academia.

Arturo Pérez-Reverte
De la Real Academia Española

HISTORIA DE EL QUIJOTE
«POPULAR Y ESCOLAR»
DE LA REAL ACADEMIA
ESPAÑOLA (1912-2014)

En 2014 la Real Academia Española está de cumpleaños. O, por mejor decirlo, de cumplésiglos. Comenzó como una iniciativa modesta de lo que hoy denominamos la sociedad civil con las reuniones, en el verano de 1713, de ocho ilustrados en la casa del marqués de Villena. Un año más tarde, en octubre de 1714, el rey Felipe V la pondría bajo su amparo mediante una Real Cédula.

Las guerras impidieron la conmemoración del primer y segundo centenario de esta efeméride. En 1813-1814 España lo estaba contra el francés, y en 1913 el director de la Academia, Antonio Maura, programó algunas actividades para la fecha exacta del segundo centenario de la Real Cédula mencionada, que el comienzo en agosto de 1914 de la guerra europea desaconsejaría finalmente realizar.

No es el caso, por suerte, de este año de 2014, en que la RAE no pretende festejar, sino estrictamente conmemorar –hacer memoria– de sus trescientos primeros años. Y una de sus realizaciones más memorables fue precisamente la edición ilustrada de *El Quijote* que Ibarra editó en 1780, cuando la Real Academia Española había satisfecho ya sus compromisos más perentorios:

la elaboración del llamado *Diccionario de autoridades*, que contiene la primera *Orthographía de la lengua castellana*, reeditada ya exenta en 1741, y la primera *Gramática*, de 1771.

No faltan en las páginas cervantinas auténticas premoniciones de la fecunda suerte de *El Quijote* en cuanto a su recepción creativa por parte de los artistas plásticos. Ya al comienzo de su primera salida, el caballero andante invoca la «dichosa edad y siglo dichoso aquel adonde saldrán a la luz las famosas hazañas mías, dignas de entallarse en bronces, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas, para memoria en lo futuro», y a esta profecía dará nuevos bríos Sancho Panza cuando la segunda parte de 1615 está ya terminando: «—Yo apostaré —dijo Sancho— que antes de mucho tiempo no ha de haber bodegón, venta ni mesón o tienda de barbero donde no ande pintada la historia de nuestras hazañas».

De 1614, cuando aún no se había publicado esa segunda parte, datan las primeras imágenes conocidas de don Quijote, su escudero Panza y otros personajes de la novela. Todo parece indicar que estas ilustraciones, atribuidas a Andreas Bretschneider, nacen relacionadas con otro de los aprovechamientos tempranos que de las imaginaciones cervantinas se hace enseguida para ilustrar e inspirar los desfiles, pantomimas y comparsas de las fiestas barrocas, pues las encontramos en una publicación de Leipzig conmemorativa de las celebraciones que tuvieron lugar en Dessau, en octubre de 1613, con motivo del bautizo de un vástago de la casa de Sajonia.

La conciencia de que España no estaba a la altura de Holanda, Inglaterra o Francia en la ilustración textual de la obra maestra del Príncipe de sus ingenios pesa en la decisión que la Real Academia Española toma en su junta ordinaria de 11 de marzo de 1773 para promover «una impresión correcta y magnífica de Don Quixote que es la principal y más perfecta obra de Cervantes [...] con láminas inventadas para la propiedad de los ropages y abiertas por los mejores Profesores de la Academia de San Fernando y con los demás adornos correspondientes para que en todas sus partes tenga esa edición la perfección posible, respecto de que siendo

muchas las que se han publicado del Quixote no hay ninguna buena ni tolerable».

Este ambicioso programa puede en justicia darse como conseguido con el trabajo rematado en 1780 por el impresor madrileño Joaquín Ibarra, que por fin sitúa el modelo iconográfico español de *El Quijote* a la altura que le correspondía. El proyecto es objeto de detalladísimas directrices por parte de nuestra Academia, para lo que se comisiona a un grupo de tres de sus miembros de número entre los que está el mexicano Manuel de Lardizábal. Hay, sin embargo, en su trabajo un borrón que no es fácil explicar: el rechazo de la ilustración inspirada en el episodio del rebusno que un joven artista llamado Francisco de Goya y Lucientes entrega... y cobra.

En el año de su tricentenario, la Real Academia Española quiere rendir homenaje a aquella benemérita y primorosa publicación y saldar al tiempo su deuda con el genio de Fuentodos recuperando su dibujo inédito. La presente edición de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* reúne además dos características excepcionales.

La primera de ellas tiene que ver con la dimensión plástica. Lo que ahora se imprime como ilustración del relato cervantino no son las láminas de 1780, sino los originales de los dibujantes (Arnal, Barranco, Brunete, Antonio e Isidro Carnicero, Castillo, Ferro, y Jerónimo Gil) sobre los que distinguidos grabadores como Ballester, Barcelón, Brieva, Cruz Cano y Olmedilla, Fabregat, el propio Gil, Minguet, Moles, Muntaner, Palomino, Salvador Carmona o Selma realizaron sus planchas.

Cumple destacar, sin embargo, la segunda característica que singulariza esta nueva edición de *El Quijote* que la Real Academia Española ha emprendido en el año de su tricentenario.

El Quijote es un libro regocijante, concebido como una cadena de episodios protagonizados por una pareja de personajes camineros, de imagen inconfundible, hablar sabroso y suerte desventurada. Humor melancólico el de Cervantes, pues casi todas las peripecias del hidalgo desmañado y de su bonachón escudero

Sancho –papel magistralmente recreado por Mario Moreno «Cantinflas» en la película de 1973 *Don Quijote cabalga de nuevo*, dirigida por el mexicano Roberto Gavaldón– derivan en auténticos gags en los que la pareja protagonista resulta burlada, apedreada, manteada, apaleada, perseguida, y siempre ridiculizada. Y sin embargo, tanto uno –el gordo–, como el otro –el flaco–, acaban por fijarse en la memoria de los lectores como figuras nobles, profundamente humanas, llenas de sabiduría libresca y popular a la vez. Inolvidables.

La cumplida extensión de las dos partes de *El Quijote*, acrecentada por la interpolación de narraciones secundarias, así como la riqueza de su léxico y el amplio juego sapiencial, erudito y retórico del que el autor echa mano, frecuentemente en clave irónica, pueden convertirse, sin embargo, en barreras que dificulten la lectura de los más jóvenes.

Por esta razón, desde el siglo XVIII se venían publicando en Francia e Inglaterra ediciones abreviadas y bellamente ilustradas con destino a ese público. En España, la lectura es reconocida como una práctica fundamental en el proceso educativo desde el Reglamento de las Escuelas Públicas de Instrucción primaria elemental, que es de 1838, hasta la Ley de Instrucción Pública promovida en 1857 por el ministro Claudio Moyano. Y así, desde mediados del siglo XIX se favorece la difusión de la obra cervantina mediante ediciones como *El Quijote de los niños y para el pueblo, abreviado por un entusiasta de su autor Miguel de Cervantes*, que seguirá siendo reeditada incluso en el siglo XX por la Librería y Casa editorial Hernando. En 1867 se publicó en París *El Quijote de la juventud* extractado por Domingo López Sarmiento y en 1885 aparece *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha arreglado para que sirva de texto de lectura en las escuelas de instrucción primaria*, compendiado por Juan Manuel Villén.

Ya a principios del nuevo siglo, la «Edición Calleja para las escuelas» será la más exitosa de todas estas ediciones que por lo general recurren asimismo, para favorecer el encuentro de los más jóvenes con *El Quijote*, a las ilustraciones, procedentes en muchos

casos de la paleta de grandes dibujantes o pintores como el inglés William Heath Robinson o el francés Henri Morin.

Por otra parte, la conmemoración centenaria del primer *Quijote* de 1605 da lugar a varias iniciativas gubernamentales como la de la erección en Madrid de un monumento a los inmortales personajes cervantinos o la recomendación de *El Quijote* como libro de lectura escolar mediante una Real Orden de 24 de mayo de 1905 (*Gaceta* de 26 de mayo).

Tanto una como otra directriz gubernamental y legislativa no debieron de alcanzar suficiente grado de realización como para que otra Real Orden de 12 de octubre de 1912 (*Gaceta* del 13 de octubre) no retomase de nuevo el asunto del monumento y estipulase que los maestros nacionales debían dedicar un tiempo todos los días a leer y explicar brevemente la obra cervantina, a la vez que solicitaba de la Real Academia Española que informase «acerca de la forma, plan de publicación y personas a quienes haya de confiarse la dirección de dos ediciones del *Quijote*, una de carácter popular y escolar y otra crítica y erudita».

Será, sin embargo, en 1920 cuando se proclame la obligación de la lectura diaria de *El Quijote* en las escuelas españolas. A tal fin, se comprometía la publicación de una edición abreviada, a cargo de un académico de la RAE secundado por el director de la Biblioteca Nacional y un catedrático de la Universidad central.

No es caso de comentar aquí y ahora la controversia que tal disposición legal provocó. A favor, destacaba la opinión ya desde antes expresada por Miguel de Unamuno, autor en 1915 de *Vida de don Quijote y Sancho*. En contra, ni más ni menos que José Ortega y Gasset, que en 1914 había publicado sus *Meditaciones de El Quijote*.

Ortega escribe en 1920 un amplio ensayo titulado «El Quijote en la escuela», en el que comienza afirmando que la «Real Orden quijotesca» le parece «en muchos sentidos un desatino», en la misma línea de las valoraciones hechas a este respecto en el diario *La libertad* por el académico de Ciencias Morales y Políticas don Antonio Zozaya.

Pero las razones de la oposición a la medida ministerial por parte de uno y otro eran muy distintas. Zozaya consideraba que el tiempo dedicado a *El Quijote* no redundaría en beneficio de una formación útil para la vida práctica de los alumnos. Ortega, por el contrario, rechazaba un currículo pragmático, pues «no es lo más urgente educar para la vida ya hecha, sino para la vida creadora». No le estorbaba la obra de Cervantes en la escuela «porque sea un libro añejo, inadaptado a la realidad contemporánea», sino porque era un libro desmitificador. Y el mito, al que define con una de sus fulgurantes metáforas como «la hormona psíquica», le parecía «generatriz de inagotables entusiasmos», y «el niño debe ser envuelto en una atmósfera de sentimientos audaces y magnánimos, ambiciosos y entusiastas [...] deberá apartarse de su derredor cuanto pueda deprimir su confianza en sí mismo y en la vida cósmica, cuanto siembre en su interior suspicacia y le haga presentir lo equívoco de la existencia».

La Real Academia Española se demoró en atender aquella Real Orden de 12 de octubre de 1912 antes citada. La edición «crítica y erudita» que entonces se le encargaba aparece, al cuidado de Francisco Rico, en 2004 como conmemorativa del cuarto centenario de *El Quijote*, y en 2015 se publicará otra versión, totalmente ampliada y renovada, como obra del catálogo de la Biblioteca Clásica de la Real Academia que empezó su andadura en 2011.

Pero aquella otra edición «de carácter popular y escolar» es la que ahora aparece con la singularidad ya comentada en lo que a sus ilustraciones se refiere y otra que precisa comentario aparte, pues le confiere un indudable sello de excepcionalidad.

Esta nueva edición de *El ingenioso hidalgo don Quixote de la Mancha* ha sido adaptada a partir de la de Ibarra de 1780 por Arturo Pérez-Reverte de acuerdo con los criterios que el propio escritor y académico expone en una nota que precede al presente prólogo.

Aparte del tratamiento especial y novedoso que se ha dado a las ilustraciones, y el rigor filológico con que se ha operado

a la hora de actualizar la lengua de *El Quijote* sin desnaturalizarla ni empobrecerla, es destacable el trabajo de adaptación conforme a las exigencias de la más pura narrativa, que un novelista de tan reconocida maestría como Arturo Pérez-Reverte domina, para casar del modo más efectivo las fábulas novelísticas con el entendimiento de sus lectores, para facilitar los imposibles, allanar las desmesuras y suspender los ánimos, todo con el sano propósito de admirarnos, alborozarnos y entretenernos. Es decir, para acomodar esta edición especial de *El ingenioso hidalgo don Quixote de la Mancha* a la regla de oro de la poética narrativa de Miguel de Cervantes Saavedra tal y como leemos en el capítulo XXX de su primera parte.

Darío Villanueva
Secretario de la Real Academia Española

P A R T E I

CAPÍTULO I. Que trata de la condición y ejercicio del famoso hidalgo don Quijote de la Mancha	29
CAPÍTULO II. Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso don Quijote	34
CAPÍTULO III. Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo don Quijote en armarse caballero	40
CAPÍTULO IV. De lo que le sucedió a nuestro caballero cuando salió de la venta	47
CAPÍTULO V. Donde se prosigue la narración de la desgracia de nuestro caballero	54
CAPÍTULO VI. Del donoso y grande escrutinio que el cura y el barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo	59
CAPÍTULO VII. De la segunda salida de nuestro buen caballero don Quijote de la Mancha	64
CAPÍTULO VIII. Del buen suceso que el valeroso don Quijote tuvo en la espantable y jamás imaginada aventura de los molinos de viento	70
CAPÍTULO IX. Donde se concluye y da fin a la estupenda batalla que el gallardo vizcaíno y el valiente manchego tuvieron	79
CAPÍTULO X. De lo que más le avino a don Quijote con el vizcaíno	84

CAPÍTULO XI. Donde se cuenta la desgraciada aventura que se topó don Quijote en topar con unos desalmados yangüeses	89
CAPÍTULO XII. De lo que le sucedió al ingenioso hidalgo en la venta que él imaginaba ser castillo	97
CAPÍTULO XIII. Donde se prosiguen los trabajos que el bravo don Quijote y su escudero pasaron en la venta que por su mal pensó que era castillo	105
CAPÍTULO XIV. Donde se cuentan las razones que pasó Sancho Panza con su señor don Quijote, con otras aventuras dignas de ser contadas	113
CAPÍTULO XV. De las discretas razones que Sancho pasaba con su amo y de la aventura que le sucedió con un cuerpo muerto	124
CAPÍTULO XVI. De la jamás vista ni oída aventura que con más poco peligro fue acabada de famoso caballero en el mundo	132
CAPÍTULO XVII. Que trata de la rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas a nuestro invencible caballero	142
CAPÍTULO XVIII. De la libertad que dio don Quijote a muchos desdichados que, mal de su grado, los llevaban donde no quisieran ir	154
CAPÍTULO XIX. Que trata de las cosas que en Sierra Morena sucedieron al valiente caballero de la Mancha, y de su famosa penitencia	167
CAPÍTULO XX. Donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo don Quijote en Sierra Morena	181

CAPÍTULO XXI. De cómo salieron con su intención el cura y el barbero, con otras cosas dignas de que se cuenten en esta grande historia	188
CAPÍTULO XXII. Que trata del artificio que se tuvo en sacar a nuestro enamorado caballero de la penitencia en que se había puesto	199
CAPÍTULO XXIII. De los sabrosos razonamientos que pasaron entre don Quijote y Sancho Panza, su escudero, con otros sucesos	209
CAPÍTULO XXIV. Que trata de la brava y descomunal batalla que don Quijote tuvo con unos cueros de vino	219
CAPÍTULO XXV. Que trata del curioso discurso que hizo don Quijote de las armas y las letras	225
CAPÍTULO XXVI. Donde se trata lo que más sucedió en la venta y otras cosas dignas de saberse	231
CAPÍTULO XXVII. Donde prosiguen los inauditos sucesos de la venta	238
CAPÍTULO XXVIII. Donde se acaba de averiguar la duda del yelmo de Mambrino y de la albarda, y otras aventuras sucedidas	242
CAPÍTULO XXIX. De la notable aventura de los cuadrilleros y la gran ferocidad de nuestro buen caballero don Quijote	251
CAPÍTULO XXX. Del extraño modo con que fue encantado don Quijote de la Mancha	259
CAPÍTULO XXXI. De la rara aventura de los disciplinantes	270

P A R T E I I

CAPÍTULO I. De lo que el cura y el barbero pasaron con don Quijote cerca de su enfermedad	279
CAPÍTULO II. Que trata de la notable pendencia que Sancho Panza tuvo con la sobrina y ama de don Quijote	283
CAPÍTULO III. Del ridículo razonamiento que pasó entre don Quijote, Sancho Panza y el bachiller Sansón Carrasco	288
CAPÍTULO IV. De la discreta y graciosa plática que pasó entre Sancho Panza y su mujer Teresa Panza	298
CAPÍTULO V. De lo que le pasó a Don Quijote con su sobrina y con su ama	303
CAPÍTULO VI. De lo que pasó don Quijote con su escudero, con otros sucesos	308
CAPÍTULO VII. Donde se cuenta lo que le sucedió a don Quijote, yendo a ver su señora Dulcinea del Toboso	314
CAPÍTULO VIII. Donde se cuenta lo que en él se verá	317
CAPÍTULO IX. Donde se cuenta la industria que Sancho tuvo para encantar a la señora Dulcinea	321
CAPÍTULO X. De la extraña aventura que le sucedió al valeroso don Quijote con el carro de <i>Las Cortes de la Muerte</i>	331

CAPÍTULO XI. De la extraña aventura que le sucedió al valeroso don Quijote con el bravo Caballero de los Espejos	337
CAPÍTULO XII. Donde se prosigue la aventura del Caballero del Bosque, con el coloquio que pasó entre los dos escuderos	343
CAPÍTULO XIII. Donde se prosigue la aventura del Caballero del Bosque	348
CAPÍTULO XIV. Donde se cuenta y da noticia de quién era el Caballero de los Espejos y su escudero	360
CAPÍTULO XV. De lo que sucedió a don Quijote con un discreto caballero de la Mancha	362
CAPÍTULO XVI. Donde se declara adonde llegó y pudo llegar el inaudito ánimo de don Quijote, con la aventura de los leones	366
CAPÍTULO XVII. Donde se cuenta la grande aventura de la cueva de Montesinos, que está en el corazón de la Mancha	378
CAPÍTULO XVIII. Donde se apunta la aventura graciosa del titerero y el mono adivino	383
CAPÍTULO XIX. Donde se prosigue la graciosa aventura del titerero, con otras cosas en verdad harto buenas	389
CAPÍTULO XX. Donde se da cuenta quiénes eran maese Pedro y su mono	396
CAPÍTULO XXI. De la famosa aventura del barco encantado	400
CAPÍTULO XXII. De lo que le avino a don Quijote con una bella cazadora	407

CAPÍTULO XXIII. Que trata de muchas y grandes cosas	412
CAPÍTULO XXIV. De la respuesta que dio don Quijote a su reprehensor, con otros graves y graciosos sucesos	418
CAPÍTULO XXV. Que cuenta de la noticia que se tuvo de cómo desencantar la sin par Dulcinea del Toboso	430
CAPÍTULO XXVI. Donde se prosigue la noticia que tuvo don Quijote del desencanto de Dulcinea	436
CAPÍTULO XXVII. Donde se cuenta de una carta que Sancho Panza escribió a su mujer Teresa Panza	440
CAPÍTULO XXVIII. De la venida de Clavileño, con el fin desta dilatada aventura	445
CAPÍTULO XXIX. De los consejos que dio don Quijote a Sancho Panza antes que fuese a gobernar la ínsula	454
CAPÍTULO XXX. De los consejos segundos que dio don Quijote a Sancho Panza	459
CAPÍTULO XXXI. Cómo Sancho Panza fue llevado al gobierno, y de la extraña aventura que sucedió a don Quijote	465
CAPÍTULO XXXII. De cómo el gran Sancho Panza tomó posesión de su ínsula, y del modo que comenzó a gobernar	470
CAPÍTULO XXXIII. Donde se prosigue cómo se portaba Sancho Panza en su gobierno	477
CAPÍTULO XXXIV. El suceso que tuvo el paje que llevó la carta a Teresa Panza, mujer de Sancho Panza	485

CAPÍTULO XXXV. Del progreso del gobierno de Sancho Panza, con otros sucesos tales como buenos	495
CAPÍTULO XXXVI. Donde se trata de las cartas de Teresa Panza a la duquesa y a Sancho	500
CAPÍTULO XXXVII. Del fatigado fin y remate que tuvo el gobierno de Sancho Panza	505
CAPÍTULO XXXVIII. Que trata de cómo don Quijote se despidió del duque, y de lo que le sucedió con la desenvuelta Altisidora	511
CAPÍTULO XXXIX. Que trata de cómo menudearon sobre don Quijote aventuras tantas, que no se daban descanso unas a otras	514
CAPÍTULO XL. De lo que sucedió a don Quijote yendo a Barcelona	525
CAPÍTULO XLI. De lo que le sucedió a don Quijote en Barcelona	535
CAPÍTULO XLII. De otras cosas que no pueden dejar de contarse	537
CAPÍTULO XLIII. De lo mal que le avino a Sancho Panza con la visita de las galeras	541
CAPÍTULO XLIV. De todo lo cual se admiraban sobremanera don Quijote y Sancho	544
CAPÍTULO XLV. Que trata de lo que verá el que lo leyere, o lo oirá el que lo escuchare leer	551

CAPÍTULO XLVI. De la resolución que tomó don Quijote de hacerse pastor y seguir la vida del campo	555
CAPÍTULO XLVII. De la cerdosa aventura que le aconteció a don Quijote	559
CAPÍTULO XLVIII. De lo que a don Quijote le sucedió con su escudero Sancho yendo a su aldea	563
CAPÍTULO XLIX. De cómo don Quijote y Sancho llegaron a su aldea	568
CAPÍTULO L. De los agüeros que tuvo don Quijote al entrar de su aldea, con otros sucesos que adornan esta grande historia	573
CAPÍTULO LI. De cómo don Quijote cayó malo, y del testamento que hizo, y su muerte	579



MIGUEL CERVANTES
SAAVEDRA.

Castillo em.

tom. 1.º lám. 2.º

PRIMERA PARTE
DEL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIJOTE DE
LA MANCHA



CAPÍTULO I

Que trata de la condición y ejercicio del famoso hidalgo don Quijote de la Mancha

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lentejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos, consumían las tres partes de su hacienda. El resto della concluían sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas, con sus pantuflos de lo mismo, y los días de entre semana se honraba con su vellorí de lo más fino. Tenía en su casa una ama que pasaba de los cuarenta y una sobrina que no llegaba a los veinte, y un mozo de campo y plaza que así ensillaba el rocín como tomaba la podadera. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años. Era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. Quieren decir que tenía el sobrenombre de Quijada o Quesada, que en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben, aunque por conjeturas verosímiles se deja entender que se llamaba Quijana. Pero esto importa poco a nuestro cuento; basta que en la narración dél no se salga un punto de la verdad.

Es, pues, de saber que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso —que eran los más del año—, se daba a leer libros de caballerías, con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza y aun la administración de su hacienda. Y llegó a tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas fanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías en que leer, y, así, llevó a su casa todos cuantos pudo haber dellos; y, de todos, ningunos le parecían tan bien como los que compuso el famoso Feliciano de Silva, porque la claridad de su prosa y aquellas enricadas razones suyas le parecían de perlas, y más cuando llegaba a leer aquellos requiebros y cartas de

desafíos, donde en muchas partes hallaba escrito: «La razón de la sinrazón que a mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de la vuestra fermosura». Y también cuando leía: «Los altos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican y os hacen merecedora del merecimiento que merece la vuestra grandeza».

Con estas y semejantes razones perdía el pobre caballero el juicio, y desvelábase por entenderlas y desentrañarles el sentido, que no se lo sacara ni las entendiera el mismo Aristóteles, si resucitara para solo ello. No estaba muy bien con las heridas que don Belianís daba y recibía, porque se imaginaba que, por grandes maestros que le hubiesen curado, no dejaría de tener el rostro y todo el cuerpo lleno de cicatrices y señales. Pero, con todo, alababa en su autor aquel acabar su libro con la promesa de aquella inacabable aventura, y muchas veces le vino deseo de tomar la pluma y dalle fin al pie de la letra, como allí se promete; y sin duda alguna lo hiciera, y aun saliera con ello, si otros mayores y continuos pensamientos no se lo estorbaran. Tuvo muchas veces competencia con el cura de su lugar —que era hombre docto, graduado en Sigüenza—, sobre cuál había sido mejor caballero: Palmerín de Ingalaterra o Amadís de Gaula; mas maese Nicolás, barbero del mismo pueblo, decía que ninguno llegaba al Caballero del Febo, y que si alguno se le podía comparar, era don Galaor, hermano de Amadís de Gaula, porque tenía muy acomodada condición para todo, que no era caballero melindroso, ni tan llorón como su hermano, y que en lo de la valentía no le iba en zaga.

En resolución, él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro de manera que vino a perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles; y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo.

En efecto, rematado ya su juicio, vino a dar en el más extraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo; y fue que le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante, y irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras y a ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros donde, acabándolos, cobrase eterno nombre y fama. Imaginábase el pobre ya coronado por el valor de su brazo, por lo menos, del imperio de Trapisonda; y así, con estos tan agradables pensamientos, llevado del extraño gusto que en ellos sentía, se dio prisa a poner en efecto lo que deseaba.

Y lo primero que hizo fue limpiar unas armas que habían sido de sus bisabuelos, que, tomadas de orín y llenas de moho, luengos siglos había que estaban puestas y olvidadas en un rincón. Limpiolas y aderezolas lo mejor que pudo; pero vio que tenían una gran falta, y era que no tenían celada de encaje, sino morrión simple; mas a esto suplió su industria, porque de cartones hizo un modo de media celada, que, encajada con el morrión, hacía una apariencia de celada entera. Es verdad que, para probar si era fuerte y podía estar al riesgo de una cuchillada, sacó su espada y le dio dos golpes, y con el primero y en un punto deshizo lo que había hecho en una semana; y no dejó de parecerle mal la facilidad con que la había hecho pedazos, y, por asegurarse deste peligro, la tornó a hacer de nuevo, poniéndole unas barras de hierro por de dentro, de tal manera, que él quedó satisfecho de su fortaleza y, sin querer hacer nueva experiencia della, la diputó y tuvo por celada finísima de encaje.

Fue luego a ver a su rocín, y aunque tenía más cuartos que un real y más tachas que el caballo de Gonela, que *tantum pellis et ossa fuit*, le pareció que ni el Bucéfalo de Alejandro ni Babieca el del Cid con él se igualaban. Cuatro días se le pasaron en imaginar qué nombre le pondría; porque —según se decía él a sí mismo— no era razón que caballo de caballero tan famoso, y tan bueno él por sí, estuviese sin nombre conocido; y así procuraba

acomodársele, de manera que declarase quién había sido antes que fuese de caballero andante y lo que era entonces; pues estaba muy puesto en razón que, mudando su señor estado, mudase él también el nombre, y le cobrase famoso y de estruendo, como convenía a la nueva orden y al nuevo ejercicio que ya profesaba. Y así, después de muchos nombres que formó, borró y quitó, añadió, deshizo y tornó a hacer en su memoria e imaginación, al fin le vino a llamar «Rocinante»: nombre, a su parecer, alto, sonoro y significativo de lo que había sido cuando fue rocín, antes de lo que ahora era, que era antes y primero de todos los rocines del mundo.

Puesto nombre, y tan a su gusto, a su caballo, quiso ponérsele a sí mismo, y en este pensamiento duró otros ocho días, y al cabo se vino a llamar «don Quijote»; de donde —como queda dicho— tomaron ocasión los autores desta tan verdadera historia que, sin duda, se debía llamar Quijada, y no Quesada, como otros quisieron decir. Pero, acordándose que el valeroso Amadís no solo se había contentado con llamarse Amadís a secas, sino que añadió el nombre de su reino y patria, por hacerla famosa, y se llamó Amadís de Gaula, así quiso, como buen caballero, añadir al suyo el nombre de la suya y llamarse «don Quijote de la Mancha», con que, a su parecer, declaraba muy al vivo su linaje y patria, y la honraba con tomar el sobrenombre della.

Limpias, pues, sus armas, hecho del morrión celada, puesto nombre a su rocín y confirmándose a sí mismo, se dio a entender que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse, porque el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto y cuerpo sin alma. Decíase él:

—Si yo, por malos de mis pecados, o por mi buena suerte, me encuentro por ahí con algún gigante, como de ordinario les acontece a los caballeros andantes, y le derribo de un encuentro, o le parto por mitad del cuerpo, o, finalmente, le venzo y le rindo, ¿no será bien tener a quien enviarle presentado y que entre y se hinque de rodillas ante mi dulce señora, y diga con voz humilde y rendida: «Yo, señora, soy el gigante Caraculiambro, señor de la ínsula Malindrania, a quien venció en singular batalla el jamás



«Del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro de manera que vino a perder el juicio...» – *José del Castillo*

como se debe alabado caballero don Quijote de la Mancha, el cual me mandó que me presentase ante la vuestra merced, para que la vuestra grandeza disponga de mí a su talante?»

¡Oh, cómo se holgó nuestro buen caballero cuando hubo hecho este discurso, y más cuando halló a quien dar nombre de su dama! Y fue, a lo que se cree, que en un lugar cerca del suyo había una moza labradora de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado, aunque, según se entiende, ella jamás lo supo ni se dio cata dello. Llamábase Aldonza Lorenzo, y a esta le pareció ser bien darle título de señora de sus pensamientos; y, buscándole nombre que no desdijese mucho del suyo y que tirase y se encaminase al de princesa y gran señora, vino a llamarla «Dulcinea del Toboso» porque era natural del Toboso; nombre, a su parecer, músico y peregrino y significativo, como todos los demás que a él y a sus cosas había puesto.

CAPÍTULO II

Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso don Quijote

Hechas, pues, estas prevenciones, no quiso aguardar más tiempo a poner en efecto su pensamiento, apretándole a ello la falta que él pensaba que hacía en el mundo su tardanza, según eran los agravios que pensaba deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, y abusos que mejorar y deudas que satisfacer. Y así, sin dar parte a persona alguna de su intención y sin que nadie le viese, una mañana, antes del día, que era uno de los calurosos del mes de julio, se armó de todas sus armas, subió sobre Rocinante, puesta su mal compuesta celada, embrazó su adarga, tomó su lanza, y, por la puerta falsa de un corral, salió al campo con grandísimo contento y alborozo de ver con cuánta facilidad había dado principio a su buen deseo. Mas, apenas se vio en el campo, cuando le asaltó un

pensamiento terrible, y tal, que por poco le hiciera dejar la comenzada empresa; y fue que le vino a la memoria que no era armado caballero, y que, conforme a la ley de la caballería, ni podía ni debía tomar armas con ningún caballero; y, puesto que lo fuera, había de llevar armas blancas, como novel caballero, sin empresa en el escudo, hasta que por su esfuerzo la ganase. Estos pensamientos le hicieron titubear en su propósito; mas, pudiendo más su locura que otra razón alguna, propuso de hacerse armar caballero del primero que topase, a imitación de otros muchos que así lo hicieron, según él había leído en los libros que tal le tenían. En lo de las armas blancas, pensaba limpiarlas de manera, en teniendo lugar, que lo fuesen más que un armiño; y con esto se quietó y prosiguió su camino, sin llevar otro que el que su caballo quería, creyendo que en aquello consistía la fuerza de las aventuras.

Yendo, pues, caminando nuestro flamante aventurero, iba hablando consigo mismo y diciendo:

—¿Quién duda sino que en los venideros tiempos, cuando salga a luz la verdadera historia de mis famosos fechos, que el sabio que los escribiere no ponga, cuando llegue a contar esta mi primera salida tan de mañana, desta manera?: «Apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y pintados pajarillos con sus harpadas lenguas habían saludado con dulce y meliflua armonía la venida de la rosada aurora, que, dejando la blanda cama del celoso marido, por las puertas y balcones del manchego horizonte a los mortales se mostraba, cuando el famoso caballero don «Quijote de la Mancha», dejando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante, y comenzó a caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel».

Y era la verdad que por él caminaba. Y añadió diciendo:

—Dichosa edad y siglo dichoso aquel adonde saldrán a luz las famosas hazañas mías, dignas de entallarse en bronces, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas, para memoria en lo futuro. ¡Oh tú, sabio encantador, quienquiera que seas, a quien ha de tocar el ser coronista desta peregrina historia! Ruégote que no

te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno mío en todos mis caminos y carreras.

Luego volvía diciendo, como si verdaderamente fuera enamorado:

—¡Oh princesa Dulcinea, señora deste cautivo corazón! Mucho agravio me habedes fecho en despedirme y reprocharme con el riguroso afinamiento de mandarme no parecer ante la vuestra fermosura. Plégaos, señora, de acordaros deste vuestro sujeto corazón, que tantas cuitas por vuestro amor padece.

Con estos iba ensartando otros disparates, todos al modo de los que sus libros le habían enseñado, imitando en cuanto podía su lenguaje. Con esto, caminaba tan despacio y el sol entraba tan apriesa y con tanto ardor, que fuera bastante a derretirle los sesos, si algunos tuviera.

Casi todo aquel día caminó sin acontecerle cosa que de contar fuese, de lo cual se desesperaba, porque quisiera topar luego con quien hacer experiencia del valor de su fuerte brazo. Autores hay que dicen que la primera aventura que le avino fue la del Puerto Lápice; otros dicen que la de los molinos de viento; pero lo que yo he podido averiguar en este caso, y lo que he hallado escrito en los anales de la Mancha, es que él anduvo todo aquel día, y, al anochecer, su rocín y él se hallaron cansados y muertos de hambre, y que, mirando a todas partes por ver si descubriría algún castillo o alguna majada de pastores donde recogerse y adonde pudiese remediar su mucha necesidad, vio, no lejos del camino por donde iba, una venta, que fue como si viera una estrella que, no a los portales, sino a los alcázares de su redención le encaminaba. Diose priesa a caminar y llegó a ella a tiempo que anochecía.

Estaban acaso a la puerta dos mujeres mozas, destas que llaman *del partido*, las cuales iban a Sevilla con unos arrieros que en la venta aquella noche acertaron a hacer jornada; y como a nuestro aventurero todo cuanto pensaba, veía o imaginaba le parecía ser hecho y pasar al modo de lo que había leído, luego que vio la venta se le representó que era un castillo con sus cuatro torres y chapiteles de luciente plata, sin faltarle su puente levadiza y

honda cava, con todos aquellos adherentes que semejantes castillos se pintan. Fuese llegando a la venta, que a él le parecía castillo, y a poco trecho della detuvo las riendas a Rocinante, esperando que algún enano se pusiese entre las almenas a dar señal con alguna trompeta de que llegaba caballero al castillo. Pero como vio que se tardaban y que Rocinante se daba priesa por llegar a la caballeriza, se llegó a la puerta de la venta, y vio a las dos distraídas mozas que allí estaban, que a él le parecieron dos hermosas doncellas o dos graciosas damas que delante de la puerta del castillo se estaban solazando. En esto, sucedió acaso que un porquero que andaba recogiendo de unos rastros una manada de puercos (que, sin perdón, así se llaman) tocó un cuerno, a cuya señal ellos se recogen, y al instante se le representó a don Quijote lo que deseaba, que era que algún enano hacía señal de su venida; y, así, con extraño contento llegó a la venta y a las damas, las cuales, como vieron venir un hombre de aquella suerte armado, y con lanza y adarga, llenas de miedo se iban a entrar en la venta; pero don Quijote, coligiendo por su huida su miedo, alzándose la visera de papelón y descubriendo su seco y polvoroso rostro, con gentil talante y voz reposada les dijo:

—Non fuyan las vuestras mercedes, ni teman desagui-sado alguno, que a la orden de caballería que profeso non toca ni atañe facerle a ninguno, cuanto más a tan altas doncellas como vuestras presencias demuestran.

Mirábanle las mozas y andaban con los ojos buscándole el rostro, que la mala visera le encubría; mas, como se oyeron llamar doncellas, cosa tan fuera de su profesión, no pudieron tener la risa y fue de manera que don Quijote vino a correrse y a decirles:

—Bien parece la medida en las fermosas, y es mucha sandez además la risa que de leve causa procede; pero non vos lo digo porque os acutedes ni mostredes mal talante, que el mío non es otro que de serviros.

El lenguaje, no entendido de las señoras, y el mal talle de nuestro caballero acrecentaba en ellas la risa, y en él el enojo, y pasara muy adelante si a aquel punto no saliera el ventero, hombre

que, por ser muy gordo, era muy pacífico, el cual, viendo aquella figura contrahecha, armada de armas tan desiguales como eran la brida, lanza, adarga y coselete, no estuvo en nada en acompañar a las doncellas en las muestras de su contento. Mas, en efecto, temiendo la máquina de tantos pertrechos, determinó de hablarle comedidamente y, así, le dijo:

—Si vuestra merced, señor caballero, busca posada, amén del lecho, porque en esta venta no hay ninguno, todo lo demás se hallará en ella en mucha abundancia.

Viendo don Quijote la humildad del alcaide de la fortaleza, que tal le pareció a él el ventero y la venta, respondió:

—Para mí, señor castellano, cualquiera cosa basta, porque «mis arreos son las armas, mi descanso el pelear», etc.

Pensó el huésped que el haberle llamado castellano había sido por haberle parecido de los sanos de Castilla, aunque él era andaluz, y de los de la playa de Sanlúcar, no menos ladrón que Caco, ni menos maleante que estudiante o paje y, así, le respondió:

—Según eso, las camas de vuestra merced serán duras peñas, y su dormir, siempre velar; y siendo así bien se puede apear, con seguridad de hallar en esta choza ocasión y ocasiones para no dormir en todo un año, cuanto más en una noche.

Y, diciendo esto, fue a tener del estribo a don Quijote, el cual se apeó con mucha dificultad y trabajo, como aquel que en todo aquel día no se había desayunado.

Dijo luego al huésped que le tuviese mucho cuidado de su caballo, porque era la mejor pieza que comía pan en el mundo. Mirole el ventero, y no le pareció tan bueno como don Quijote decía, ni aun la mitad; y, acomodándole en la caballeriza, volvió a ver lo que su huésped mandaba, al cual estaban desarmando las doncellas, que ya se habían reconciliado con él; las cuales, aunque le habían quitado el peto y el espaldar, jamás supieron ni pudieron desencajarle la gola, ni quitarle la contrahecha celada, que traía atada con unas cintas verdes, y era menester cortarlas, por no poderse quitar los nudos; mas él no lo quiso consentir en ninguna manera y, así, se quedó toda aquella noche con la celada puesta,

que era la más graciosa y extraña figura que se pudiera pensar; y al desarmarle, como él se imaginaba que aquellas traídas y llevadas que le desarmaban eran algunas principales señoras y damas de aquel castillo, les dijo con mucho donaire:

—*Nunca fuera caballero
de damas tan bien servido
como fuera don Quijote
cuando de su aldea vino:
doncellas curaban dél;
princesas, del su rocino,*

o Rocinante, que este es el nombre, señoras mías, de mi caballo, y don Quijote de la Mancha el mío; que, puesto que no quisiera descubrirme fasta que las fazañas fechas en vuestro servicio y pro me descubrieran, la fuerza de acomodar al propósito presente este romance viejo de Lanzarote ha sido causa que sepáis mi nombre antes de toda sazón; pero, tiempo vendrá en que las vuestras señorías me manden y yo obedezca, y el valor de mi brazo descubra el deseo que tengo de serviros.

Las mozas, que no estaban hechas a oír semejantes retóricas, no respondían palabra; solo le preguntaron si quería comer alguna cosa.

—Cualquiera yantaría yo —respondió don Quijote—, porque, a lo que entiendo, me haría mucho al caso.

A dicha, acertó a ser viernes aquel día, y no había en toda la venta sino unas raciones de un pescado que en Castilla llaman *abadejo*, y en Andalucía *bacalao*, y en otras partes *curadillo*, y en otras *truchuela*. Preguntáronle si por ventura comería su merced truchuela, que no había otro pescado que darle a comer.

—Como haya muchas truchuelas —respondió don Quijote—, podrán servir de una trucha, porque eso se me da que me den ocho reales en sencillos que una pieza de a ocho. Cuanto más, que podría ser que fuesen estas truchuelas como la ternera, que es mejor que la vaca, y el cabrito que el cabrón. Pero, sea lo que fuere,

venga luego, que el trabajo y peso de las armas no se puede llevar sin el gobierno de las tripas.

Pusiéronle la mesa a la puerta de la venta, por el fresco, y trújole el huésped una porción del mal remojado y peor cocido bacalao y un pan tan negro y mugriento como sus armas; pero era materia de grande risa verle comer, porque, como tenía puesta la celada y alzada la visera, no podía poner nada en la boca con sus manos si otro no se lo daba y ponía, y, así, una de aquellas señoras servía deste menester. Mas al darle de beber, no fue posible, ni lo fuera si el ventero no horudara una caña, y, puesto el un cabo en la boca, por el otro le iba echando el vino; y todo esto lo recibía en paciencia, a trueco de no romper las cintas de la celada.

Estando en esto, llegó acaso a la venta un castrador de puercos, y así como llegó, sonó su silbato de cañas cuatro o cinco veces, con lo cual acabó de confirmar don Quijote que estaba en algún famoso castillo y que le servían con música y que el abadejo eran truchas, el pan, candeal, y las rameras, damas, y el ventero, castellano del castillo, y con esto daba por bien empleada su determinación y salida. Mas lo que más le fatigaba era el no verse armado caballero, por parecerle que no se podría poner legítimamente en aventura alguna sin recibir la orden de caballería.

CAPÍTULO III

Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo don Quijote en armarse caballero

Y así, fatigado deste pensamiento, abrevió su venteril y limitada cena; la cual acabada, llamó al ventero y, encerrándose con él en la caballeriza, se hincó de rodillas ante él, diciéndole:

—No me levantaré jamás de donde estoy, valeroso caballero, fasta que la vuestra cortesía me otorgue un don que pedirle quiero, el cual redundará en alabanza vuestra y en pro del género humano.